

Viaje al Poema

Gabriel Mantilla Chaparro

Viaje al Poema

ediciones
actual



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



Dirección General de
Cultura y Extensión

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

DIRECCIÓN GENERAL
DE CULTURA Y EXTEN-
SIÓN

Autoridades Universitarias

Mario Bonucci Rossini
Rector

Patricia Rosenzweig
Vicerrector Académico

Manuel Aranguren
Vicerrector Administrativo

José María Anderez
Secretario

ediciones
Actual

Director-Editor
Mauricio Navia A.

Consejo Editorial
Daniel Albornoz
Enrique Vidal
Elizabeth Marín
José Francisco Guerrero
Debby Avendaño
Don Rodrigo Martínez
Jorge Torres
Erma Sulbarán

Coordinador de Ediciones
Actual - Libros
José Francisco Guerrero Lobo

VIAJE AL POEMA

Primera Edición, 2010

© Universidad de Los Andes
Dirección General de Cultura
y Extensión
Mérida-Venezuela

Autor

© Gabriel mantilla Chaparro
Diseño y diagramación

José Francisco Guerrero Lobo

Diseño de Portada

José Francisco Guerrero Lobo

Ilustración de portada

Montaje teatral,

Impresión

Universidad de Los Andes

Talleres Gráficos Universitarios

talleresgraficos@ula.ve

Mérida-Venezuela

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: lf23720118003530

ISBN:

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización escrita del
autor y el editor.

Universidad de Los Andes,

Av. 5 Zerpa, Esquina con calle 24, antiguo
Colegio San José, 1° piso.

Tele-fax: 0274-240-26.58

<http://www.direcciondecultura.com.ve>

Mérida 5101. Venezuela

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela

De rastros, experiencias y viajes poéticos

Queda hablar de huellas. Semejantes a las dejadas por el caracol a su paso. Lívidas, difuminadas, quietas. Esas huellas sin configuración posible. Esos testimonios de un paso. Queda también hablar de todas las trayectorias posibles, abstraerlas de su propio vacío, dotarlas de una nueva capacidad, de una autonomía, de un poder: el poder del rastro.

Hanni Ossott, *Espacios para decir lo mismo.*

En la infancia comienzan los primeros asombros: el paisaje, los seres cercanos, la tierra, el juego, la calle. Es por esencia la edad de la poesía: se miran las cosas por primera vez, se buscan palabras para nombrar al mundo. El ser vive en éxtasis, en la plenitud de la risa. Justo allí, sin saberlo, puede comenzar el viaje en la poesía: la mirada está limpia, refleja el cristal de su goce; es toda ligereza, inconsciencia, está en medio de una “bella alegría animal”, para decirlo con un verso de Alejandra Pizarnik.

Se toca por primera vez la textura de la mesa, la punta de los creyones se arrastra sobre el papel y cualquier otra superficie; todo bajo los dictados del antojo; se lanzan piedras al

mar, se grita para tratar de inmutar al viento y se mira con curiosidad el chisporroteo de la llama, surge la curiosidad de poner el dedo en ella. Luego, más temprano que tarde vendrán las iniciaciones en el dolor, la pena, la angustia: el fuego quema, el tomacorriente descarga su ira sobre el dedo curioso, la pérdida se hace realidad abrumante; y ya Rilke dijo que el poeta se hace desde la escasez.

De esto y más habla *Viaje al poema*, uno de los más recientes libros de Gabriel Mantilla Chaparro. Son textos en su mayoría breves, oscilan entre el ensayo breve y la reflexión poética, fragmentos de experiencia, ráfagas de pensamiento, testimonio de la existencia literaria, lo que para Rafael Cadenas serían anotaciones; un viaje que parte de la experiencia vivida en la poesía y desde allí se establece el diálogo con las voces de mayor querencia y resonancia: Rilke, Baudelaire, Rimbaud, Valéry, Mutis, Cortázar, Whitman. Ellos son lo que Charles Bukowski llamaría “los perros viejos”, es decir, los maestros, los grandes.

Se escapará la infancia, es irremediable. Queda entonces la nostalgia de la pérdida, el ir desde el recuerdo hacia esa fuente una y otra vez. Quizá por eso Mantilla Chaparro abre su libro con la siguiente reflexión: “Antes de abandonar la infancia es necesario echar un último, lejano y profundo vistazo, ya que al cerrar la puerta para siempre, sólo nos quedarán imágenes, recuerdos, miedos, ausencias, olores. Voces ancestrales...”. El poema, seguramente, vendrá

más tarde. Ya hay una memoria, una capacidad para evocar. Luego las imágenes llegan y se desbordan. Se inicia así, aunado al trajinar del vivir, la inquietud: hay un ser habitado por lo poético.

Se sabe, hay momentos en los que toca soportar. Pero se hace, con un pie en el presente y otro apoyado en la memoria: en un verso que quedó grabado, una voz cercana que resuena, la letra de una canción perdida en la lejanía. Eso ayuda. Una vez fuera de peligro, cree uno, aparece el respiro y con suerte el poema. Con los años y el trajinar con la palabra vendrá también la confrontación con el lenguaje; la poesía se convierte en una crítica, en un cuestionamiento a sus propios mecanismos de funcionamiento, como bien se puede apreciar en parte de la poesía de Octavio Paz. Es el poema como imposible; algo que se quiso decir pero jamás se encontraron las palabras para decirlo: los sentimientos que hacen entrar al ser en su mayor tensión —el amor y el desamor, el encuentro y el desencuentro, la dicha y la desdicha— suelen hacerse, sencillamente, innombrables; la palabra no es suficiente y todo nombrar se hace estéril, imposible; es posible que entonces esté todo servido para la llegada del absurdo, mas no creo que sea esto lo central en *Viaje al poema*.

Se trata de un viaje incesante, desde la infancia hasta el apagarse de la vida. ¿En qué zona de la experiencia, en qué momento del vivir se emprende? Es posible que nunca se sepa.

Quizá se empezó hace mucho y no se advirtió. Porque la poesía, como el arte, guarda en una especie de cofre sus secretos, iluminaciones y sombras: territorio sagrado. Al menos quedaron poetas como Rilke, por ejemplo, para dar pistas, despejar quizá lo borroso. Por ellos se logra advertir —y porque se vivió también— que el viaje por y a través de la poesía comienza en la experiencia vital. Sin vivir no hay viaje, tampoco poesía. Pero no un vivir cómodo. Un vivir poético, si se quiere, reflejado en la poesía que se escribe.

Un poema escrito desde las entrañas, en palabras de Mantilla Chaparro, desde una sed ontológica creacional. Siendo así, la poesía sería el territorio por descubrir. Se intentará siempre buscar el poema originario, aquél que hace reír y llorar, aquél que late escondido en cada poeta. Y siguiendo a Goethe, Mantilla Chaparro sugiere la idea de poesía como verdad. Y en eso se puede ir la vida, buscándola, sin mayor certidumbre que la visión de su lejana sombra. Al mismo tiempo reflexiona sobre su idea del poeta: no solamente esteticismo, también locura. En dos palabras: humano, plural; un cronopio, diría Cortázar, un Minotauro que no deja de hacerse una imagen del mundo y de una vida menos automática. He allí la apuesta, el clásico y certero *Carpe diem*.

Solamente a partir de la experiencia y la reflexión constante sobre el oficio se hace posible concebir una existencia en términos de viaje a la poesía y al poema. Por eso Mantilla

Chaparro hace una parada en el camino y comienza con el ordenamiento de su bitácora. Pero no se trata de tratados ni de monumentos teorizantes. No, es la búsqueda afanosa de lo poético en las rendijas más soslayadas de la monotonía cotidiana. Se trata de fijar la mirada —como quiso Susan Sontag refiriéndose a la fotografía— en un instante, en un gesto, un cuerpo poseído por alguna música desconocida, una mirada o un encuentro azaroso. Es verdad, también pasan los años y los prejuicios —las falsas creencias, los ismos— atentan contra la poesía que se lleva dentro. A veces se gana, a veces se pierde; otras habla el silencio o el viento.

Sugere el viaje el de Mantilla Chaparro. Escrito en tono conversacional, diría también que intimista, pareciera que nos escribe el sobreviviente de un mundo a veces perverso, injusto, castrante. Alguien ha hecho una pausa dentro de la vorágine para darnos una idea, una imagen sobre el quehacer poético. Mantilla Chaparro es, sin duda, un optimista. Alguien que a pesar de todo cree y sabe que el azar puede aparecer con una jugarreta favorecedora o perversa. Pero no importa, diría seguramente, hay que comenzar ese viaje, prepararse al menos para intentarlo. Mientras unos apenas arman las maletas y aguardan en el puerto, otros ya están en la otra orilla, llegando a su Ítaca

Todo viaje implica una transformación. El contacto entre el ser y el paisaje, la experiencia de un avisado deambular nutre, expande.

Muchas veces no se sabe para dónde se viaja ni por qué. Puede pasar también en los viajes interiores, cuando las imágenes permanecen —bien adentro— agolpadas y luego de uno que otro temblor brotan en forma de poemas. Entonces el poeta deja un camino, abre una brecha con sus imágenes. Quedan huellas, pasos que el agua borra en la playa, ecos que se dejan en el bosque cuando se está perdido, las certezas escapan y todo es intemperie.

Alejandro Sebastiani Verlezza. Julio de 2008

*Entonces no vaciles, oh libro, cumple tu destino,
Tú no eres sólo una reminiscencia de la tierra,
También tú, como un navío solitario, hiendes al éter con
rumbo desconocido y, no obstante, siempre lleno de fe
Compañero de todos los navíos que zarpan ¡Zarpa tú!
Llévales mi amor oculto (amados marineros,
para vosotros lo encierro aquí en cada hoja);
¡Prospera, libro mío! Tiende tus blancas velas, oh mi pequeña
barca, sobre las olas imperiosas.
Canta, hazte a la mar, lleva a través de lo azul
ilimitado, a todos los mares.
Esta canción mía para los marineros y todos sus navíos.*

(Walt Whitman. "En el océano, en los barcos")

I

VIAJE AL POEMA

Antes de abandonar la infancia es necesario echar un último, lejano y profundo vistazo, ya que al cerrar la puerta para siempre, sólo nos quedarán imágenes, recuerdos, miedos, ausencias, olores. Voces ancestrales, animales que tuvimos, pasos arrastrándose, silencio, murmullos, soles tempranos y resplandecientes al ritmo de tardes vivas, lunas hermosas, rumor de playas, fragancia de algas, pájaros lejanos idos hacia el reloj del horizonte. Sólo visiones y recuerdos nos quedarán como parte de ese gran tesoro de alegría. Miedo y sufrimiento, de esos tiempos en que nació nuestro espíritu, joven balandro, orgulloso de su mástil, ese primer vidente, ante el mundo en su fantasía y en su realidad.

II

Hay que salvar la infancia. Fuente de profundas, trascendentes emociones y recuerdos. Eso primeramente conocido, donde está contenido el primer mundo que vimos y sus habitantes, a quienes oíamos pronunciar las palabras y cantar sus canciones a la tierra y al mar; ir en pos de sus destellos o abrirse a ellos. Vigilar sus jardines. No debe agonizar la infancia al punto de que colmemos de orfandad sus valles, sus auroras, cuando más necesitamos valles, lagos y auroras. De esas señales luminosas y significativas surgidas en la senda de nuestra infancia, intuimos que debíamos siempre contar con el futuro, mirando hacia la vida, alimentando la fiel chimenea, que remeda tibias tardes y lejanas guitarras. Y como si fuésemos pescadores, podremos llegar a la vejez sentados siempre en el mismo muelle, ante el mismo río, pero nunca obstinarnos con el mismo anzuelo... Quizá la vida nos acerca a la muerte pero nunca dejaremos de ser ese niño pescador, de manos puras, atesorador de anzuelos,

que soñó siempre pescar el origen del arco iris, llegar al lugar donde se reúnen todas las estaciones y todos los viajeros. Infancia, lugar en el tiempo donde no existe la culpa, donde nuestro Yo es sólo suficiente para nosotros mismos, nada sabemos del sufrimiento, de la trascendencia, sólo nos dedicamos a vivir como en un parque.

Pico de la Mirandola dijo “El hombre es un gran milagro” (homo magno miraculum est), sí, pero también sabemos que “in media vita morte sumus” (en medio de la vida estamos muertos). Podremos pensar que no bastó el silencio, una ardilla removió la hojarasca del sendero, alguien gritó a lo lejos y espantó al pez... Aún así, no estaremos equivocados, estamos en el muelle, bajo el silencio indicado y a la hora, pero ese pez estaba y estará siempre lejos, porque para capturar el pez de la infancia; ese arco iris, se necesita siempre cambiar de anzuelo. No dejar que la carnada sea desabrida, sin sustancia, flácida y seca como el tamo del trigo al final, sólo cáscara de algo trillado. Y se le debe ser muy fiel a la infancia, ya que es un pez sabio, no importa si el poeta ha vivido una vida mullida, entre viajes y almohadones como la del niño y joven Marcel *En busca del tiempo perdido*, o la de Goethe; o como la épica lucha de un Baudelaire, un Rimbaud, un Kafka, un Vallejo, consigo mismos,

devorados por sus propios perros, y con los otros. No importa lo que haya sido, sea y será la vida madura y la vejez del poeta; lo importante es que el aljibe original sigue de alguna manera manando hilillos de agua que debemos ver y beber. Allí está gran parte de la fuerza inicial para llegar al poema y a la poesía. Lo sabía muy bien el gran poeta Rainer María Rilke, cuando le aconsejaba al joven Kappus en *Cartas a un joven poeta*, ir a la infancia como una forma de estar “de vuelta a lo interior”. Y poder así encontrar “camino propios, buenos, ricos y amplios” Sólo así sabremos tocar la campana.

III

VIVIR HASTA QUE CIERRE EL PARQUE

Uno debe amar de su vida los errores, las primeras humillaciones, los pensamientos, el recuerdo de cómo nació la emoción del Amor y de la Palabra, de las conversaciones en nosotros y cómo fuimos alimentando todo eso y el despertar de las pasiones. Los deseos, las fantasías, y sus libros más tempranos, acariciarlos sin la menor vergüenza. Siento pena ajena por aquellos escritores que inician sus conferencias confesando desprecio por sus primeras obras.

Quizá de ellos se desprendió un miedo de actuar y cuando decidimos hacerlo nos equivocamos, nos cuesta siempre dirigir la vista hacia nosotros mismos. Desde temprano somos un péndulo que oscila entre la luz y la tiniebla. A veces algo nos estremece hasta los huesos, algo nos eleva y quebranta el largo brazo de la adversidad; entonces de débiles y miserables, de pronto somos

fuertes y dignos. Esa es la verdadera Vida: todo fluye junto, simultáneo, noches que caen, olas que remueven pesados cordajes. A veces algo nos oprime y nos libera. Será por eso que John Lennon dijo que “la vida es todo eso que te ocurre mientras tú estás ocupado haciendo otras cosas”, o la vida como “el salto que no damos”, para Julio Cortázar. Pero no es cierto; la Vida es cuanto nos ocurre mientras estamos dentro de su remolino, en su parque. Y es un salto que damos a veces en medio del incendio de nosotros mismos para apagar el fuego con el viento sin saber que lo avivamos con ello. No importa que quienes nos rodean u observan, vean arder o no nuestras ropas. O cuando caminamos sobre la brasa sin aparentemente quemarnos los pies. No porque algo no nos haga gemir ante la gente, es porque no tengamos motivos para hacerlo. La vida tiene sus males, sus dolores silenciosos, pero también sus ráfagas de esperanza y alegría, nostalgia y deseo del abrazo; la Realidad es esa y la vida está hecha de realidad, sólo cambia o se enriquece cuando nuestra imaginación poética, nuestra actitud creadora, producto de la vivencia y la videncia, se abalanza a ella, se funde y la interroga en sus propias entrañas.

A partir de allí ya no somos unos extraños para nosotros mismos. Habremos llegado a ese punto donde uno mismo se está esperando, como decía Cortázar.

IV

Desde la infancia viene nuestro honor, nuestro miedo, nuestro sentido de hermandad o nuestra indisposición contra el hacer, el trabajar, el estudiar y cargar con la responsabilidad del prójimo. De la convivencia con nuestros familiares, hermanos y compañeros de nuestros primeros años de escuela, de seguir sus huellas junto a las nuestras... Están ahí los caminos, las maestras, los actos, el teatro, la banda, la música, los cantos, las oraciones y la chica aquella; el periódico de la escuela donde éramos personajes principales, de nuestra pequeña y grande historia, donde evitaban naufragar nuestros primeros poemas. Y la mesa puesta en la Navidad o en los días especiales. Está ahí el verde de los bosques, los jardines de las casas del vecindario en el camino a la escuela; el viejo tejedor de la vieja cantera, donde sosteníamos honorables combates; están los fieles perros y gatos que tuvimos, los abuelos desplazándose o sentados por los corredores con su vista fija en el patio; los

risueños y locuaces parientes que venían de otras ciudades con sus guitarras a visitarnos y a cantar por varios días; olores agradables de café, tabaco, guarapo, dulces y comida haciéndose; los rumores, fragancias, la música, cervezas destapándose, carreras y bellas intuiciones de la Navidad al final de la jornada; los pájaros silbando a toda hora en el árbol desnudo donde nuestra madre nos mandaba a poner rodajas de naranja y pedazos de banano; está ella, la novia de nuestra infancia, idealizada, inocente, unida a nuestra inocencia, despidiéndose –no sabíamos que para siempre– desde la otra acera de la avenida.

Dice Rilke al joven Kappus:

(...)Incluso si estuviera en una cárcel cuyas paredes no dejaran llegar los ruidos del mundo hasta sus sentidos ¿no tendría usted aún su niñez, esa deliciosa, magnífica posesión que son los recuerdos? (Cartas a un joven poeta). Lo mismo opina Camus en *El mito de Sísifo*.

Y están otras grandes marcas en nuestra vida, la cercanía de la muerte a través de enfermedades ajenas, propias y de nuestros mayores, la derrota acampando con sus ejércitos alrededor de nuestra vida, en los árticos interiores. Y nuestra

embestida contra esta “turbación pasajera” la fuerza final para jugar la única carta que nos quedaba, el único naipe con el cual ganamos, antes de que seamos atrapados por el lento y poblado musgo de la Muerte.

Si esto no da algunas señales y luces para hallar el sendero que lleve al Poema, no veo qué otra cosa podría constituirse en raíz y opción para despegar hacia el quehacer poético. Siento a veces pena por Borges que confiesa tener de su infancia sólo el recuerdo de un tigre de papel que dibujó en una ocasión en la escuela. El amor, la muerte, el sueño, el miedo, la fuga, el instinto creador y la intuición poética, son los elementos que nos cede, como de una herencia universal, la Poesía. Si todos tuvimos *Erlebnis* (vivencias) todos estamos en la *Poiesis*. *Nous sommes poésie. ¡Voilà!*

V

Rescatar los miedos, la grave caída, las enfermedades de nuestros mayores, el temor a perderlos, la muerte rondando la casa o la aldea y el posterior renacer, con la consiguiente elevación de la Esperanza, encarecimiento de la fe y restitución de la Alegría. Debajo del sol hay mucho dolor, pero nos quedan aún las palabras, el oro que buscamos en lo profundo de nuestras minas, los árboles que cortamos en el bosque para hacer un nuevo remo; las palabras. como un buen día de domingo, para ir descifrando sus claves, atravesando el baldío sopor de ciertas tardes y las desnudas noches con la luna sobre los mástiles. Las palabras son nuestros dados, para enfrentar (pobres armas) los dados del destino; sin embargo, sólo ellas nos sobreviven, como sobrevive al pintor el trazo intenso, el color y la imagen de su deshojamiento artístico; pájaros corajudos atravesando los aires rotos de la miseria, de la incertidumbre, y volando a incendiar horizontes, sin tomar el atajo para aliviar

el sufrimiento; hay que saber destilar el honor de la derrota para convertirla en fuerza primordial del próximo combate y garantizar la posible victoria... aunque todo el verde de la vida se ahogue en el mar. Onetti triunfó con todas sus derrotas. Puede ser que esa "fértil miseria" que es la Poesía para Mutis, no sirva para detener el avance de la cruda realidad. Y lo que es peor, el Amor tampoco nos salva en donde todo es tiempo y por ello es deterioro. Que sólo alcance para lamer las heridas. Pues como dice Hernando Track: "¿De qué sirve el amor si tu madre está enferma y va a morir porque el hecho de que la ames no la salva?". No salva, es cierto, pero nos justifica; de otro modo de qué valdría la pena hablar. También las palabras nos extasían, como cuando caminamos despacio por la piel de los médanos o la orilla de una playa. Son nuestros dados, alguien juega con nosotros y nosotros hacemos el mejor de los intentos: por ello somos creadores, jugamos a hacer el poema. Ese que surge, como dice Rilke, "necesariamente".

Un verdadero poeta es una oreja celosa, un corazón ansioso, un vigía prudente, para otear y reconocer el tiempo de su vida, de su obra y de lo que será de ellas, del mundo y de la realidad cuando ya no exista. El alcance de una obra poética o de cualquier otra índole, no podrá ser nunca

suficientemente calculado. ¿Cuándo se dejará de leer a Cervantes, Shakespeare, Borges, a Whitman, a Gibrán, a Vallejo, Calvino, Cioran, Kafka, etc.? Ellos han anclado en nuestras vidas como un exquisito y silencioso vino. Gracias a escritores como estos hemos visto y olido el penetrante olor de la realidad y a través de ellos aprendimos a inaugurar la verdadera soledad: la de nosotros frente al infinito colmado de Palabras. A través de ellas hundimos nuestro remo y navegamos como cuando subimos una colina, o nos hundimos en los abisales de la memoria, la nostalgia o el sueño.

VI

No olvidar los momentos en que la muerte se nos acercó a temprana edad y el cuerpo tocó su campana, haciendo caso omiso a nuestros sueños. Los amigos que enterramos y el inenarrable dolor de sus familias. Ya sabemos que había transcurrido una eternidad antes de que naciéramos y también transcurrirá otra cuando ya no seamos, como nos dice Joyce en *Los Exiliados*.

El poeta Vicente Gerbasi en su poema clama: "Haz grande mi tristeza / misterio de la Noche". Porque sólo una gran tristeza puede elevarlo sobre los montes, "las nieblas solitarias", el valle de los siglos y encuentra en ello un signo de redención, de afirmación, de positividad. En cambio, yo creo que ese deseo es siempre inútil o no se justifica, porque la tristeza no se nos presenta por mitades, ella es plena, arrolladora como desciende la noche sobre el día, así lanza sus caballos encabritados sobre nuestros sueños, y somos ante ella unos simples huéspedes de la ilusión, de

la vana esperanza. De tal manera nos ve la tristeza a nosotros. Lo que sí tenemos que hacer es descubrir su poética, desgajar el fruto, destilar el zumo de su enseñanza, pulimentar el acero con que nos ha herido para tener pendientes algunas estrategias cuando vuelva a intentar herirnos con su diente hostil. Y de esas estrategias ninguna es mejor que el poema. Hacia allá, hacia allí, debemos dirigir la proa. Y las palabras son el mejor remo.

VII

Quizá con la adultez hayamos perdido la costumbre de pescar en el río de la Infancia, jardín de la fe; sólo desde allí podemos hablar de cosas profundas, tristes y hermosas que entonces no dejaban de representar un acto de felicidad aunque no sin algún peligro, como ir al bosque a leer, ignorando la presencia de las serpientes y los animales salvajes, o caminar sin pensar en los fugitivos de la cárcel cercana, ocultos cerca del río, entre la maleza, drogados y hambrientos, escondiendo algún botín. Cosas que han corrido el riesgo siempre de morir o desaparecer en el vasto territorio del silencio y del olvido. Breve episodio de nuestras vidas, pero muy intenso; ya que pronto aparecerán los abismos, los lobos hundiendo su pezuña en la nieve, y es ahí cuando debemos atisbar en nuestro mundo interior para poner a salvo lo que pueda salvarse de esa Infancia. De pronto todo será un ayer, de pronto todo aquello se apaga, se diluye, como una lejana vendimia vista desde una colina. Entramos, luego, en un

territorio inexplorado, llamado Realidad, en que nuestros pasos van siempre hacia las batallas, serán pasos en el polvo, en la sangre, en el llanto, en la angustia, a veces un prolongado sendero sembrado de tumbas. Pero sobre esos atareados lances de la vida se sobreponen las palabras, incorporadas estructuralmente a nuestro combatiente espíritu, eficaces adargas, fieles halcones y perros, corriendo dentro de nosotros como manantiales interiores, que avanzan al centro de nuestros grandes silencios antes de decidirse a hablar. A convertirse en poema, en obra. Con ellas, con las palabras, enfrentamos el obstinado fantasma, el difícil umbral de la adversidad y nos alumbramos en el laberinto de lo insospechado. Son el Virgilio que nos guía para atravesar el mar de cenizas agonizantes que constituye a veces la derrota.

Deseos que un día se vieron forzados a pasar de largo hacia un lugar del nunca jamás, como esos transeúntes que saludan cuando se está sentado frente a la casa esperando que la tarde atraviese la puerta de la Nada, y transcurra sin escándalo; en un pueblo fantasma o en una estación de tren a la que nadie llega y de la cual nadie parte y donde los borrachos duermen holgadamente con la cabeza sobre los rieles. Lejanos testigos de lo vivido.

Será al final, cuando la vida nos saque y nos cierre la cuenta o el parque –como apunta Mutis– y lo único que nos quede sea nuestra capacidad de asombro para ver cuán frágiles, difusos, azarientos, olvidadizos, ligeros y fugaces fuimos. Y cuánto tiempo fuimos expuestos a revolcarnos en la miseria y perder la semilla de la vida que ahora tenemos. Somos los Pelidas de siempre. Vamos veloces hacia la dilución en pos del vellocino equivocado. Sólo la obra permanece, por eso somos poetas, porque escribimos nuestra verdad para que nos sobreviva, aunque nadie nos lea y los parientes del futuro nos borren de su historia. La obra, decía Rilke, debe ser creada “necesariamente”, y al ser necesaria no amerita testigos ni defensores, ni jueces, ella existe porque sí. Será su propio acusador y su propio juez. Eso basta. La obra tendrá su destino verdadero.

Cuántos deseos, cuántas personas que quisimos conocer y de ellas ni siquiera supimos su nombre. Semejantes que un buen día dejamos de ver, desaparecieron para siempre en el camino del olvido. Tenemos la responsabilidad de honrarlos con la memoria. Cuántas conversaciones, cuántos lugares se quedaron esperando... es una dulce espina que a veces nos desasosiega. Y que eso suceda a personas que amamos la vida y nos enamoramos

de grandes y pequeños fragmentos de la realidad y de las personas con las cuales permanecemos un período de nuestra existencia, hasta que llegue la hora señalada para que el Destino imponga su hierro, nos clave definitivamente la ponzoña, nos suba a un barco invisible y nos arranque de cuajo a unos de la vida de los otros. Para que pase para siempre la sombra de nuestra vida, en este breve incidente que son los siglos, como dijo Cristo. Ya no estaremos en la mudanza de las estaciones; habrán cesado los ciclos de nuestro dolor y las ráfagas de alegría. No nos atormentará la idea de la vejez como la última vigilia cuando ya sabemos todo respecto al sueño. Es toda la cuenta, un perfecto finiquito. Muchas gentes se irán y se perderán en el mar del olvido y su harta arena.

VIII

Así como la cabeza de la Quimera echaba llamas y no se quemaba ella misma, me pregunto cómo es posible que en nuestro mundo interior nos estemos incendiando de cosas sentidas y ocultas, o inundando copiosamente, en una sigilosa tribulación, sin explotar.

Si al menos la vida revelara cada día, una a una esas cosas que atrapa y muerde el afanoso perro del silencio en sus dobles fauces... pero es posible que la misma vida no alcanzara para disfrutar su revelación y sus consecuencias. Aunque puede ser que así como Rilke pedía al joven Kappus que llegara al límite, preguntarse si ser escritor o escribir le era “verdaderamente necesario”, quizá no sea tan “necesario” abrir esa caja de Pandora que es el silencio y convenga más dejar en el armario tantas verdades, tanta certeza. Con la misma distancia que toma la filosofía del objeto que acecha en sus cavilaciones.

Conocer todo eso que está a la sombra en lo más íntimo de nuestra conciencia, y

como en la célebre Caja de Pandora (la más genuina curiosidad), es posible que salgan todos los males y sólo quede la Esperanza... O que salga la Esperanza y sobrevivan todos los males. Rilke nos advierte que no nos dejemos engañar por las superficies, “en las profundidades todo se vuelve Ley”.

IX

¿Hay en cada recuerdo, en cada deseo, en cada mujer que hayamos amado, un caballo de Troya? ¿Un combate o una rendición inconclusa? Quizá nunca hemos oído cómo cruje la roca a nuestros pies cuando el amor termina, como un arco que cruje hecho pedazos. Nos arrebató el ver cómo se desvanecen personas y cosas hermosas. Este es un buen momento para escribir poesía, para preparar en solitario la tierra en la que habrán de madurar los frutos de una de las más grandes verdades del Ser: la pérdida de lo ganado, la esfumación del amor, la tristeza, la soledad, el miedo, la muerte, así como la fe, la esperanza, la dignidad, el coraje, la acción, la fidelidad de los testigos que están de pie hasta el último segundo de la feroz batalla.

Nunca sabremos qué se gana o cuánto se pierde cuando cesan las cosas que hace poco nos parecían fundamentales e insuperables.

X

¿Se cansa el hombre de vivir y lo llama a caer la trinchera oculta; lo sórdido lo tienta a desaparecer a los ojos de quien lo acecha para ganar el premio de un vivir secreto, con las entrañas ardidadas como vivió César Vallejo a los ojos de Dios? O Kafka frente al candado que agitaba el destino en su marcha lenta por un camino gris, cubierto de hojas muertas. Verdaderos Laocoontes, Peregrinos tristes, intranquilos, alborotados, estremecidos en medio de sus dones de escritor; Vulcanos conscientes de su original cojera, en el remolino de su lenguaje, partiendo lanzas, fraguando escudos para pasar el puente que comunica con el camino de la aflicción. Perdida para ellos la esperanza de alcanzar la cima.

Sin embargo, levantaron sus torres, maceraron la cebada y la malta de sus grandes verdades interiores; prefirieron la humildad a lo fastuoso, anduvieron como olvidados de Dios, padecieron hambres

múltiples y con el limo de sus miserias, a través de la palabra, nos transmitieron las claves para caminar en el bosque espeso de la desesperanza.

XI

¿Cuándo podremos golpear una roca, en un monte, en el desierto, con nuestra propia vara y extraer el zumo antiguo? Cuando surja el poema. Ese que cala en el espíritu como cala en los huesos el intenso frío de una tenaz noche de lluvia. Ese poema rico, habitable, fértil, en el cual ya no perviva la miseria, la exclusión y la aridez. ¿No es la poesía acaso el día y la noche del poema, su crepúsculo y su aurora, su afelio y su perihelio? Y el poeta ¿no es siempre el vasto territorio donde se producen los más fieros combates interiores, donde el sacrificio, la fortaleza, la tribulación, el miedo, así como en medio de la zarza surge la esperanza, la última fuerza, los mejores actos de heroísmo?

XII

Sólo cuando volvemos nuestros ojos hacia la infancia, hallamos el sustrato de nuestra realidad adulta, las raíces de nuestros tempranos mitos, el sentido de nuestra acción y el sendero que lleva al poema y la poesía. Un todo a punto de correr el riesgo de la nada, una grande y tibia casa de tarde que es residencia de momentos y emociones donde no habitaba aún la soberbia, la mentira horrenda, la máscara innoble que crece cada día en la adultez; un magma de recuerdos que podrían esfumarse para siempre, quedar dispersos, extraviados y escondidos, enajenados, si dejamos que la sombra de la indiferencia vaya haciendo nido cerca de ellos o los aceche a distancia. El olvido es como la muerte: siempre anda buscando algo que comer. Son insaciables, se disfrazan de hechiceros y encantadores, para desmenuzar lo mejor de nuestra memoria y de nuestras vidas.

XIII

Diario, carta, confidencia, lenta impresión de sueños, miedos e ilusiones; por varios caminos se llega a ejercer una escritura persistente que nunca debería colapsar; un camino continuo más cercano a las emociones que a las ideas, a la esperanza que a la verdad. Eso fuimos en los tempranos años.

He allí el baúl donde guardábamos el tesoro de nuestra modesta vida de infancia y adolescencia. Nuestra modesta riqueza: los colores de cera, la máquina de escribir, las lapiceras, la bolsa de los soldados. Nada de ello, de lo escrito, no nos avergüenza ni nos provoca risa... seríamos cínicos si así fuera. A través de nuestras primeras imágenes, palabras y juegos, empezamos a respirar verdaderamente, a introducirnos en la patria de nuestro idioma, en la trama del destino poético y creador. A construir el túnel por el cual algún día lejano terminaríamos intentando huir de tanta miseria, de tanta polución, en medio de un mundo que devora lo mejor

de muchos. Estamos entre la pradera (de la infancia) y el abismo (de la adultez), en la usura del azar, y quizá no tengamos a mano tanta agua para apagar tanto fuego. Pero seamos obedientes al maestro Rilke, comprendamos, pues, que “sólo lo difícil es lo que nos ha sido encomendado, y casi todo lo importante lo es. Y todo es importante”. Para un creador debe serlo más.

En un poema mío, con cierto aliento erótico he dicho:

“Hemos vivido una noche
entre el agua y el fuego
hemos vivido un incendio,
apagando la sed”.

XIV

Las oraciones, los puentes, los viajes, las cuevas, los paseos, el recreo, el árbol que sembramos en la escuela; las frescas mañanas al cantar el himno, la entrada al salón de clase, la nueva fecha, la cariñosa y firme voz de la Maestra y su impecable presencia; la tiza de colores y la hermosa letra y los garabatos que hacíamos; los compañeros muertos por la epidemia que asoló la aldea y sus puestos vacíos; el rostro de los próceres y los primeros caciques, las grandes lecciones de la historia y de literatura, los paseos al bosque y la visita al ermitaño, los viajes para visitar a los lejanos parientes... han sobrevivido como signos, dones, de mi creación poética. Toda esta heredad nos pertenece. Ningún prodigio, sólo cosas, rostros, recuerdos, voces, lugares, vivencias indecibles en el calabozo del tiempo que avanza sin pausa, sin tregua y sin clemencia.

XV

Antes que dar consejos es preferible relatar experiencias, contar novedades, preguntas, misterios, claves halladas en el camino. El arte se cultiva con la vida, con la sensibilidad, con el conocimiento, el extravío, la visión e intuición del ser secreto que las cosas tienen y cada obrero sabe hallar las herramientas más justas a su trabajo. Somos el yunque donde esas armas para el combate diario se fraguaron. Sólo si somos creíbles, podremos convertirnos en el Unicornio que perseguimos para que esta vez sí no se extravíe, y no ese solitario pájaro del tejado, que ni vela ni duerme. Si buscamos la poesía con una actitud de verdad, en nuestros meandros interiores, ésta no apartará su rostro de nosotros; nos aceptará con su copa llena de vino, y nos invitará a comer en el verde prado de sus portentosas palabras. El granero de la poesía pone a salvo toda memoria, evita los abismos y los desiertos pero no desconoce que son también lugares donde fluyen aguas subterráneas y nadan peces abisales, luminosos y ciegos, que jamás suben a la superficie y ...que bien pudieran ser Poesía.

XVI

Antes que vender nuestras verdades (hijas de nuestras *erlebnis*, experiencias) es preferible relatarlas a quienes están dispuestos a oír las, a riesgo de que consideren que en ellas nada haya de valor alguno. No temas hablar o confesar de tu oficio. No queremos aleccionar a nadie; se sabe que cada quien encuentra sus propias lecciones en el cuaderno de la vida. Todos cargamos nuestro propio espejo. Que cada quien encuentre su Ser verdadero y su propia Verdad: su sueño, su logro, su magia, sus terrores, su apariencia, su realidad. Uno no espera tampoco que alguien se le acerque y pregunte: ¿cómo es que has hecho esto? Lo importante es mirar siempre dentro de nosotros mismos para poder fortalecer la otra mirada, la que pone la pupila en el exterior pero juzga desde lo más íntimo. La vida es una criatura que no nos abandona si nos involucramos en ella bajo el signo de un destino poético: sueño y vigilia. Seamos atentos a esa ocupación con una gran sinceridad personal, haya o

no haya el sosiego que anhelamos. Sólo así podremos garantizar el encuentro con el otro y aprenderemos a despedirnos de las ciudades donde hayamos vivido. Nunca estemos tan exhaustos que no pueda surgir el poema.

Cada minero que socave en su alma y conserve todo aquello que lo hace distinto, prisionero y libre, a su manera. Allá los que son ancestralmente hipócritas consigo mismos y quieren transfundir su mentira al otro. Y no pueden saciar la sed ontológica de *crear*. Ya sabemos suficiente sobre lo que es Poesía como para no darnos cuenta de ello. La senda poética no permite paseantes impunes.

En alguna parte leí –creo que en Gibrán– la historia del obispo que se dedicó a visitar las aldeas de su parroquia para fortalecer la fe entre los suyos. Hasta que un día llegó a una remota isleta en la que habitaban unos monjes que le pidieron que les enseñara el “Padre nuestro” porque lo habían olvidado. El obispo logró enseñárselo y para estos se quedó un tiempo con ellos. Ya cuando se despidió un mediodía y el bote se adentraba en las aguas, oyó voces y vio a varios monjes que venían corriendo por las aguas para pedirle que les volviera a enseñar el “Padre

nuestro” pues lo habían olvidado de nuevo. Entonces les dijo “¿y para qué quieren que les enseñe una oración a ustedes que caminan por las aguas?”.

XVII

Escribir, eso sí, en la medida que sea posible...y luego ir revisando en el camino al crecimiento interior y a la vejez esas verdades motivadoras que observan entre el abismo y el cenit de ese ínfimo e íntimo universo que vamos siendo, que somos y que seremos. He allí donde radica nuestra inmortalidad, en el reconocimiento sincero de nuestra fugacidad. En *La última escala del Tramp Steamer*, de Álvaro Mutis, un Capitán Iturri le dice a Maqroll que “somos inmortales mientras existimos”—de aquél Reconocimiento viene esta Inmortalidad a plazo. Es nuestra obra, el oficio, la trayectoria humana de cada uno lo que nos hace permanecer un rato más, sobrepasa nuestros límites espacio- temporales.

XVIII

A diferencia del novelista y del cuentista, el poeta no sabe nunca lo que va a ocurrir en el camino de la poesía. El poeta sí es verdad que no cuenta con un “plan de vuelo” Su única estrategia es vivir, seguir el camino, aceptarlo en su *Dasein* y su yección. Va con su “cena miserable” Vallejiana, y con su “pan al hombro” Un pan que cada noche ha ganado con el sudor de su frente. Va por la senda pero no sabe cuándo la presa lo atacará. Un poeta debe, sí, ser un buen cazador y estar siempre dispuesto a atrapar el tigre del poema cuando este lo asalte.

XIX

En el poema todo puede ser un principio o un fin. Hay algunos pasos o algunos vuelos que hay que dar hasta llegar al poema.

A lo mejor en poesía cuando más avanzamos es porque más nos estamos alejando. Esa misma lejanía acerca, esa misma cercanía aleja. No venimos hacia nosotros mismos, sino vamos desde nosotros mismos. Nuestra hélice no cesa jamás; forcejea con espesos vientos, nubes oscuras, espumas de olvido, mudas botellas que flotan, naipes marcados; contra tal sed de simas arremete el báculo de nuestra poesía, para afirmarse, para tener derecho a mejores vientos, mejores crepúsculos y mejores albas.

Atravesamos una enorme gruta, silenciosa, que habrá de llevarnos a nosotros mismos, a nuestro ser interior.

XX

Sea noble o humilde nuestro origen, debemos honrar siempre a aquellos con quienes nos ha correspondido compartir riqueza y miseria... y aunque ellos hayan olvidado o no valoren ese honor y esos recuerdos, mal haríamos si los dejamos morir, pues somos escritores, poetas y es nuestro deber salvarlos antes de que perezcan en el pantano del olvido. Ellos son los habitantes de la voraz bitácora en la que registramos las coordenadas que nos identifican al fondo de la noche. Están allí porque sí, porque les correspondía fumar su cigarro cerca de nosotros, secar su lana en nuestra cuerda, oler las mismas flores de sangre y de vida que nosotros. También ellos son blandros azotados por las mismas tormentas, bebieron a nuestro lado en los mismos arroyos; allí forjaron recuerdos que nos contienen como ellos están en los nuestros y en nuestros poemas. Sólo así vamos hacia el lejano horizonte al cual la vida desembocará un día.

Cuando esos seres ven que hemos salvado de manera profunda y elevada

aquello que parecía no tener valor, no sólo lo comprenderán y compartirán, sino que se sentirán honrados de haber compartido esos instantes con un testigo de excepción como ese pescador de la familia.

Somos jóvenes hoy, maduros por la tarde de mañana y de pronto envejecemos, quizá atesorando viejas dudas. Habrá de llegar el día. La vida hará pedazos su arco y el camino quedará regado de flechas erráticas y certeras. Será esa la cuenta que se cierre. Cuando venga la vida a cerrarme el parque, habré ya vivido y conocido no sólo el dolor, el miedo y las tribulaciones, sino también la delicia, el relajamiento, el amor a los míos; rostros que en la memoria del alma, del cuerpo y del corazón anidan.

Algunos en medio del desespero solicitan conocer el término de sus días, para tener certeza de lo que les resta de vida, como dice el Salmo XXXIX. Nada más necio. Nada más imprudente.

XXI

En “Tres pasiones intensas” recuerdo a mi amigo de la infancia, Gabriel, que murió a causa de una epidemia que exterminó a casi todos mis compañeros de clase y de aldea. De él digo cosas que son significativas para mi vida como ser humano, como amigo y como escritor. Y visto de ese modo, podríamos decir que mi pequeño y luminoso amigo (que se parecía al niño Jesús) no murió en vano, no permanece en el olvido. Esa muerte me marcó. Estuve en su entierro. Recuerdo claramente como otros, ese duro y trágico momento de profunda desolación y derrota. Por momentos perdemos la fuerza, se nos aleja la luz, nos cerca la miseria que parece encorvarnos, hartos de tristeza. La Muerte clava, como decía César Vallejo, su “diente hostil en medio del cerebro de la vida”. Hijo de una hermosa pareja de esposos que desaparecieron para siempre y para quienes debieron haber sido las lágrimas el pan de su día y de su noche, con sabor a ceniza y a soledad inmensa. En

el camino que tantas veces recorrimos me acompañaba el eco de su voz, el sonido de sus pasos. En él perdí más a un hermano que a un amigo. Aunque no recordaría su tumba si volviera al camposanto, sólo sé que quedó próxima al río, a merced de la tormenta, con una hermosa hostia en la boca y un misal dorado en sus manos de ángel. Algo queda como una tibia tarde lejana. Queda este recuerdo, este pájaro que vuelve desde allá, para que cese ya toda memoria de semejante desgracia y dolor.

XXII

Cuando se es escritor es imperdonable no cargar con uno los instrumentos de navegación y de pesca: un buen libro, una libreta de notas, un buen lapicero o plumafuente.... algo así como ir al desierto y haber olvidado la cantimplora del agua, la manta, el alimento y la brújula. Pues no sabemos en qué momento nos asalta el tigre del poema... nos devora la impaciencia. Las emociones, las imágenes, son como tigres que aparecen y desaparecen con tal fugacidad en la densa selva de la mente y de la Realidad... y hay qué saber atraparlos.

XXIII

Un verdadero poeta comparte con el forastero y lo ayuda a sentirse como en su casa, porque siempre somos extranjeros en el vasto territorio de la Poesía. Y a veces estamos muy solos frente al poema. Tan solos como el patio donde ya no juegan los niños y que nadie atraviesa. Como el náufrago que abre bien sus pupilas buscando una tabla de qué asirse, así debe ser la hermandad de los poetas. La campana pesa mucho a veces y para que pueda sonar como gusta a los dioses oír-la, es necesario que compartamos el peso y la alegría de oír-la. Levantarla al viento con el apoyo de nuestros semejantes, para no ser prisioneros de nosotros mismos, angustiadas gargantas ahogadas por el aguardiente excesivo de la realidad. Las huellas que vemos, como en aquella oración, no son acaso únicamente las nuestras; hay otras que también vagan junto a nosotros y ayudan a encontrar la ruta perdida, comprenden nuestras quejas, y cantan sus canciones para hacer más agradable la jornada.

XXIV

El poeta es un hombre que porta inmensas verdades pero sin permitirse el lujo del odio... este es un lastre, un peso muerto y corroído cementerio, donde las manos se ahogan. Se puede ser diferente sin necesidad de querer convencer al otro a través de la sumisión y la indignidad.

Un poeta, antes de odiar, considera inconveniente a quien le agrede y le adversa con saña y prefiere ponerlo a distancia para cargar liviano el talego ya que le esperan desatadas lejanías como para cargar tan detestable fardo.

XXV

Infancia, campo hermoso donde el azar, la ternura, la fe, el amor, el miedo, el tiempo y la muerte dialogan para desarrollar nuestras visiones y cualidades, a fin de que llegada la vejez y la muerte... nos entremos reconciliados en el túnel donde fenecen las vicisitudes y toda Esperanza, que son, finalmente, las experiencias y vivencias finales en nuestra adultez. Lo importante es saber que hicimos todo lo posible por "perder la batalla con el mismo espíritu con que se gana", como temprano lo advirtió Walt Whitman en *son myself*. Que quisimos poseer la llave de la puerta del tiempo, para acceder a la médula de todos los misterios, nos movimos entre la nada y la Distancia y finalmente seremos nada. Ya ni siquiera un quizás.

XXVI

No puede ser oscura la vida de alguien que haya tenido una infancia luminosa. No puede caminar vacío quien desde temprano, avisado, ha respirado fuerte y conocido la llanura de su corazón en sus primeros años... Años creadores de vínculos, en donde prendieron sus primeros soles y sus primeras lunas; el amado campo de imágenes perennes y grandes pactos con la vida que había que vivir cada mañana y cada noche.

XXVII

La Infancia es esa Beatriz, esa Laura, esa Ofelia, esa Lara Zhivago, esa María que nos guía por la umbría selva del Destino; es la llama sagrada y eterna que signa y señala el camino en la brevedad de nuestros días y ya casi cuando hemos perdido toda Esperanza. Princesas que lavan la camisa del esclavo, lo alimentan y lo aman. Botines de guerra ganados con honor; mundo de raros y hermosos animales, altos arrecifes, poblados bosques en el que pululan y se divierten los personajes de nuestra fantasía; puentes y grutas secretos; Matriz rodeada de círculos de aire, plena en designios, fuerte manada de caballos que iniciaron el galope de nuestra vida, donde lo invisible nos revela lo visible. Los mismos con los que vamos de caza, por bosques ancestrales, lejanas playas, a pescar el poema, a cazar el tigre que sale de lo más extraño de nosotros mismos.

Cuando sentados alrededor del fuego sólo nos preocupe el encender la hoguera, es porque hemos alcanzado el poema.

XXVIII

Puede ser que no nos guste la época en que hemos nacido, pero hagamos todo lo que esté a nuestro alcance por amar a la gente que nos rodea y cree en nosotros. Dejémoslos entrar en nuestro ser y entremos en el suyo... si después de tanto esfuerzo y fe no logramos nada... partamos lejos, a una playa olvidada, internémonos en la montaña, construyamos un aposento secreto... cerremos la puerta por dentro y tiremos la llave al vacío y "¡que se lo coman todo y acabemos!", como sentenció Vallejo. Irnos, sí, al fondo de nuestra vida, dejando atrás los tiempos de la sequía, las inenarrables inundaciones, las nieblas ocultantes, los ebrios botes y el agotado remo a la deriva en la playa, mientras se extingue la lámpara que fue siempre símbolo de fe, de día azul, de hora fijada para sentarnos a tocar la lúcida e inagotable guitarra de nuestras pasiones.

Pero no les demos el honor de que sepan el día, la hora o el modo del sibilante estertor de nuestro morir, pues vale más

ser banquete de gallinazos y águilas que el hazmerreír y la conversación de postre de quienes con vaho de aliento a chimó o tabaco nos sepultan, como en el caso famoso del diálogo de los enterradores de Ofelia en el *Hamlet* de Shakespeare.

XXIX

A veces no se trata de decir lo que debíamos decir; nunca sabremos si en realidad cumplimos con este designio. Si se nos ha dado el don de la palabra y de multiplicar nuestra voz en el más bello de los idiomas, deberíamos intentarlo... lo importante es decir lo que queremos... si podemos. A veces "una palabra basta..." para que el poema despliegue sus velas y realice orgulloso su paseo frente al puerto de la creación poética.

XXX

¿Cuántas veces hemos tenido que amarrarnos al mástil para no ser seducidos por el canto de las Sirenas? ¿Cuántas veces habrán tenido ellas que sujetarse a la roca donde reposan sugestivas y altaneras y dejar de cantar para no ser seducidas por nosotros? Pareciera esto un tanto falto de humildad, pero cómo habrán de ser siempre humildes los ojos bien abiertos en el peligro, cuando nos queda tan lejos el camino de regreso al lugar donde nos refugiamos.

XXXI

Busquemos el Amor como manera de asumir el mundo... así como el amor temprano recibido nos llenaba de ilusión y nos hacía más hermosos los días y el camino que nos esperaba y que hoy creemos haber hallado y recorrido con cierto éxito o con cierto fracaso. Sigamos el faro del océano de nuestro destino. Después de todo, aceptamos el reto de existir... y eso es lo que cuenta; echamos a andar el carruaje entre el fango y la lluvia dispuestos a atravesar montañas y cordilleras. Al final de todo obtendremos el fruto de la experiencia. El Laurel de los Poemas, como un íntimo jardín donde vuela el pájaro que somos.

XXXII

Cuando se tiene *un hijo* con la mujer amada sólo en Poesía podríamos describir lo que se siente... pero también es el inicio de un miedo que nunca nos abandonará. El ser humano teme saber que es responsable de otro ser y que además, lo ama. Entre grandes alegrías y grandes batallas se debatirá su vida en lo adelante. Allí sus primordiales viajes, los teoremas urgentes que descifra, para romper la cerradura de lo adverso. Cuando se tiene un hijo con la mujer hermosa, la mujer amada, todas las tardes son ardientes y los molinos amables; uno está sentado a la orilla de los grandes sonidos, o como un gran buzo penetra en sus más callados y misteriosos abismos.

XXXIII

En una existencia como la de un cantante nocturno, de blues, en lugares donde se fuma mucho, se escribe imperiosamente y se bebe sin prejuicio el buen Whisky hasta perderse; donde no se sabe cuántas mujeres amaran, y se olvidan rápidamente sus nombres, se vive intensamente, se muere pobre, en un colchón relleno de partituras inéditas, sin haber carecido de nada para ser feliz a mi manera y poder hacer lo que siempre se quiso: cantar, vivir y morir. Una existencia como la de Charlie Parker. Tan sublimemente escrita en *El perseguidor* de Julio Cortázar.

XXXIV

De niño me gustaba jugar a los soldados. Tenía muchos soldados de plástico con sus transportes, cañones y campamentos... llegaba de la escuela y salía a jugar con mis amigos, hacíamos guerras breves, combates intensos y lograba sentir la satisfacción de sorprender al enemigo, poderlo matar y perdonarle la vida... Por eso no entiendo la tortura; me parece un acto horrible y muy superior a otro acto de la imaginación. Es una blasfemia a la vida. Una caótica flecha que se clava en el sueño de Vivir con dignidad una justa cuenta de tiempo. Por ello quiebro lanzas contra el crimen, contra el desconsuelo de los fusiles, en honor de la búsqueda de un refugio de *humanidad*. Lejos de heridas innecesarias o superiores a nosotros mismos, como los desastres, los terremotos y la guerra. Abomino a los rompedores de espejos, criminales ilusos, atrevidos e impunes que pretenden imponer el miedo como norma de vida. El mundo, lamentablemente, no está siendo guiado por las mejores personas.

Esto también nos toca como creadores,
como artistas, como profesionales, como
ciudadanos, como padres, como poetas.

XXXV

Siempre quise saber matemáticas pero fui muy malo para aprenderme las ecuaciones de segundo grado, la raíz cuadrada y los determinantes, aunque jugaba con logaritmos y la trigonometría (en la medida de lo posible). Me acostumbré a pensar de cinco en cinco y redondear con base en esa cifra (luego agregaba o quitaba) lo sigo haciendo y me resulta. La mañana aquella del jueves siete de enero de 1965 en la escuela y la mano hermosa de mi maestra que se deslizaba sobre la pizarra como una blanca paloma feliz en un alero. Y finalmente, los Sin comentarios, sobre todo aquello que pretenda dañar al hombre y a la Naturaleza: la guerra, la codicia, el odio, la envidia, el desamor.

Sólo así he aprendido a sacar mis cuentas... y saber cuánto llevo, hasta dónde voy siendo.

XXXVI

La Mujer ha sido una ráfaga de viento helado y ardiente. Defensora y atacante de mis más cerrados frentes de batalla; impulso y retroceso en algunos instantes de mi vida. Pero si viviese en un mundo donde la mujer no existiera, Yo sin ser Dios y sin saber nada acerca de las virtudes de mis costillas.... con sólo un lápiz y un papel la hubiera inventado: así de hermosa como es. Haría el dibujo... escribiría su poema. Avanzaría mi Alfil en procura de mi Dama. Ha sido ella mi más hermosa exigencia y mi más hermosa victoria. Para ella es mi canto. A su imagen fecunda y frondosa como una selva, donde soy el pájaro extasiado, agonizante y feliz como un náufrago, o un reo en el cadalso. La mujer es un bello idioma que hablo y con el cual menciono su nombre. A Ella van mis Palabras a lo profundo, a lo elevado de Ella. Salud del rebaño, canción del Zodíaco. Con ella he vivido noches entre el agua y el fuego, he vivido incendios apagando la sed.

XXXVII

A veces nos ponemos una gorra, unos guantes, una bufanda, un paraguas y creemos que somos ingleses, berlineses o parisinos. Neruda nos refiere que en los años veinte algunos tomaban pequeñas dosis de mercurio para verse pálidos y cadavéricos. De manera que al salir en la Noche al café, la Peña o el bar este semblante hiciera juego con el sombrero de alón y el gabán oscuro y parecer unos auténticos poetas.

No escribamos sólo un poema para sentirnos poetas. Vivamos, busquemos, escribamos la poesía... siempre, aunque nunca se nos diga que somos poetas. Es el poema el que lo dice todo, no el grupo, ni los críticos ni los amigos. Primero la obra, luego el hombre. Muchos grandes poetas vivieron y vibraron su vida y su obra en soledad de juicios (José Antonio Ramos Sucre, Miguel Ramón Utrera) y algunos escribieron cuando sus lectores ni siquiera habíamos nacido. El Tiempo es el mejor juez para juzgar una obra y el ser que la creó. Todo lo demás es accesorio.

XXXVIII

Un poeta tiene ojos. Lo que lo hace distinto es la mirada y el vigor de su imaginación, así como su formación, el ejercicio de su inteligencia y el desarrollo de su sensibilidad; la densidad de sus palabras. Sólo él sabe mirar en el rayo de luz que atraviesa la sombra y deja siempre la sombra vencida. Él ve las partículas de polvo que flotan, capta el caos y la armonía y percibe todos los mundos posibles y los seres que los habitan y si fuera posible alguna comunicación con ellos, él sería el primero en hacerlo...luego, nos transmite su emoción y los describe. El poeta es el único astronauta que penetra la única elipse que no se puede dibujar, la del hondo misterio que las cosas tienen, por donde no pasa el hilo ni actúan los vasos comunicantes. Ni ayudan las líneas de la mano.

XXXIX

Mi punto de partida tiene mucho que ver con mi punto de llegada. Sólo que todavía no concluye el camino.

XL

¿Manhu?, ¿qué es esto? Pregunta el desagradecido pueblo hebreo a su líder Moisés. Y éste le responde: “Este es el pan que el Señor os ha dado de comer”. Así es la Vida, nuestro pan dulce o amargo... pero no importa su sabor, lo relevante es de manos de quién lo hemos recibido... luego comeremos codornices y peces suficientes y saciaremos la sed con el rocío... Y si no agradecemos, ya eso es asunto nuestro. Cuando quieres hacer poesía hallarás muchas cosas de la vida que agradecer.

XLI

Sólo creemos en Dios y la Naturaleza cuando vemos que las aguas del mar se abren y es inminente que moriremos ahogados y en el terror.... ¡Qué fácil es ser hombres de fe! ¡Si no creemos en lo imposible qué sentido tiene la Fe; a veces creemos que sólo de felices está constituida la Poesía... la vida de un Poeta bebe de las aguas amargas de Mara y las aguas apacibles y dulces de Essek, las cuales despiertan el amor.

XLII

A los ojos del poeta, la Realidad y la Infancia son como el gigante Anteo, el hijo de Gea (La Tierra), un ser que crece cada vez que hace contacto con su madre. Por ello, la Poesía nunca se extinguirá, y crecerá donde quiera que haya un hombre que la percibe... aun en el más alejado lugar y en el más solitario de los hombres. Ella es la roca manante, a cuyas orillas nos sentamos. Poesía, amante con la cual pasamos grandes horas, para extraerle el fruto del poema, agitada pertenencia de nuestro ser creador, naípe poderoso que nos envía el más enigmático croupier. Ciertamente que la vida es breve y los caminos son largos, y entre ambos límites la gran desdicha es no escribir el poema.

XLIII

El poeta es capaz de desdoblarse en múltiples modos de percibir, ocupa los distintos oficios del hombre, se multiplica como actor en la realidad, evita trabajar demasiado tiempo en la sombra para revelarnos su hazaña de humanidad, peligro y certeza, de profunda existencialidad humana. Con la poesía, el poeta canta la canción universal, la de esa esfera donde nada separa a los hombres. El poeta canta a la Libertad y el poema es su bandera. Algunos nos dirán que no se habla aquí de los poetas intelectuales, teóricos, de los puramente esteticistas y se ha hecho una mitificación del Yo poético. No es que no queramos tomar en cuenta esta concepción del poeta; lo que sucede es que damos por sentado que no ignoran todo esto de lo que venimos hablando. Por eso son hartamente aburridas las disertaciones puramente sistemáticas y preñadas de intelectualismo que a veces se hacen sobre *poesía*. A este tipo de propagadores de poesía y de juicios los llama Mario Benedetti los "Saturnos con su anillo".

XLIV

La música celeste y perfecta, que viene de las esferas, según los pitagóricos (la que oyen los dioses) nos conduce en medio de la sombra, hasta que se va desgarrando el velo donde se oculta el poema; este deja ver su mirada profunda y resplandeciente desde el fondo; tiritan algunas palabras cuando recién saltan al poema, pero el poeta ha prendido la Chimenea en el amanecer, para abrugarlas. Después de ahí toda la extensión de tiempo es para el Poema... palabra cálida que trasciende toda intemperie.

XLV

Los viejos héroes del combate poético: Rimbaud, Baudelaire, Lautréamont, Kleist, Hölderlin, Eliot, Gide, Valéry, Perse, etc. Abrieron sus alforjas, curtidas de tanto vino derramado; sacaron sus vasos labrados por antiguos alfareros, los llenaron de inmortales poemas y nos dieron a brindar del zumo de sus amargas e infinitas canciones. Ellos nos pastorean; nada nos falta y nada nos sobraré.

XLVI

El poeta es libre de toda prisión; no se resigna a ningún tipo de privación; mantiene distancia con el seductor demonio de la pena y tampoco sucumbe al color, olor y perfume de la primavera. Aun ante el dintel del pasadizo final no pierde la esperanza de ser testigo de excepción de los secretos bosques de la Muerte, siempre nevados en medio de un furioso fuego, donde sólo se oyen voces de goce, súplica y de tormento.

XLVII

Así como sacude el Águila sus enormes alas, asimismo nace el poema, en cuanto el Poeta se estremece ante la emoción de la mirada inédita; ante el recuerdo de un instante que no ha merecido el implacable signo del olvido. El poema es entonces un buque fantasma intentando rescatar su bitácora. El poeta es el capitán alucinado que intenta volver del hundimiento y el naufragio y reflotar el instante del paisaje, del viento cayendo en el rostro, del albatros parado en la proa cuando el poema era apenas intuición. El poema surge del éxtasis o de la angustia, en que está signada la realidad.

XLVIII

Intentan a veces algunos poemas simular que son gigantes dormidos en el alma; o son como ladrones corajudos que nos asaltan, fieles nómadas de este desierto interior que somos; atraviesan el largo camino que los lleva hasta nosotros mismos; herencia ancestral que no se agota nunca, vestigios de lucha, libertad y dolor de quienes abrieron el camino antes, mucho antes de que nosotros fuéramos.

XLIX

Distinción entre la experiencia creadora y la experiencia religiosa y /o mística (difíciles de establecer). Pero ciertamente que en un Poeta pueden darse simultáneamente ambas experiencias. Después de todo la primera experiencia Mística o religiosa se inicia en todas las primeras civilizaciones con un acto de creación, un Génesis, en el cual surgen todas las cosas a través de unas palabras absolutas, omnipotentes, fecundas, fértiles, inobjetables. Todo es un FIAT.

Ahora bien, existen *poetas* que protagonizan su vida entre ambas experiencias, pero en el camino opuesto, negándolo, imprecándolo, retándolo a manifestarse, y se enfrentan al destino sólo provistos de su propia energía, de su sentido del valor, con sus contradicciones a cuestras, a la intemperie; entre fugas y cárceles, deambulando por las calles con otros iguales, o encerrados en mansiones asistiendo a un progresivo deterioro en su modo de vincularse a la vida, hasta asumir

la muerte como un término lógico y hasta deseado.

Por ambos caminos viaja en infinitas leguas, la Poesía. En cada uno de nosotros puede habitar un Fausto. Obsesivos sueños, pesadillas, como en los dibujos de William Blake; o soledad opresiva y pesada, umbrosa, como la de los recintos penitenciarios de Odilón Redón. O el angustioso e insoportable horror que produce el grito en Munch.

Pero siguen siendo legión los que bajan la cuesta hacia la "Casa de L'estaque" de Cezanne; se introducen en las furiosas noches de Vincent Van Gogh o van a conversar a las 5 de la tarde con él en su cuarto amarillo y son testigos de excepción, han visto allí dentro de una gaveta, en un cenicero, debajo de un pincel, la famosa oreja que se cortó a causa de *une femme prostituée*. La sabiduría, que atraviesa los tiempos nos dice que así como las aves van en busca de los semejantes, la verdad también busca a quienes hacen de ella un oficio. Que la verdad sea siempre una vasta porción de nuestra Poesía.

ESCRIBIR

No ser “el ciego que murió lleno de voces”, quien iba envuelto en el carrete del reloj, como escribiera César Vallejo. Es preciso *escribir*, sin importar con cuales cordeles vamos a armar una estructura poética, un andamiaje de imágenes. Esas voces, esos recuerdos, esos deseos primarios, esos extenuantes malos instantes por los que hayamos atravesado; todo forma parte de la bitácora de la nave del tiempo en la que vamos mirando nuestra vida por las ventanillas del tren de nuestro destino.

LA POESÍA NOS DESPIERTA...

La poesía nos despierta una mañana o nos desvela una noche por primera vez, que nos da una sed y un hambre infinitas. Un despertar que nos llevará lejos, hasta lo profundo de las vivencias del alma humana, hasta el afelio y los abisales espacios donde las palabras esperan por ser pronunciadas y escritas. Es un viaje sin límite, en el que sólo existen las fronteras que crean el miedo, el silencio inútil e infértil, la mentira y la indiferencia. Un poeta es una persona que no se preocupa porque está signado por la acción; él está siempre dispuesto a ocupar su sitio en el combate por descifrar la naturaleza humana en su relación con lo vivido, lo existente, lo íntimamente deseado, lo soñado, *lo intuitivo*. Él, el *escritor*, es la memoria secreta de las cosas, detrás de esas enormes puertas, de esa soledad a pulso en que surgen sus poemas. Realidad y arte se funden en este oficioso minero. Un poeta tiene como propósito no dejar marchitar la "rosa poética" que deshojará hasta la última tarde de su vida cuando el débil jadeo, hasta el último refucilo, se apague.

CONDICIONES PARA CREAR

O al contrario, se crea en la mayor de las contorsiones existenciales, enfrentados a la sociedad, excluidos de ella, o indiferentes a lo societario, y en cada poema se vuelcan intensos combates interiores, donde abonan y siegan su “fértil miseria”, según diría Álvaro Mutis.

"Me diste tu fango y lo transformé en oro".

Charles Baudelaire

EL TEMPLO DE LAS PASIONES

O también se recuerdan tiempos de lo voluptuoso, las tibias mareas, la tormentosa entrega de los cuerpos desde las primeras sensaciones hasta la madurez y la plenitud... *Los cuerpos que nos fueron dados*, matemáticamente perfectos en su forma y gozo. El templo de todas las pasiones donde carne y alma son *uno*. El territorio de los dulces desenfrenos. Fieles al hijo de Hermes y Afrodita, engendrado después de Gea (La Tierra). Lo erótico no es sólo instinto; es una flecha que anhela poseer lo virtuoso de cada ser, arrancar la infinita sed del abrazo, de merecer la voluntad y la desnudez del ser amado. *Es el allí y el ahí*, el siempre ahora donde nos complementamos con el cuerpo del Otro. El Eros es fuente de deseo y amor admirado, que nos imprime coraje para anhelar, procurar, invadir, adherir y poseer

el cuerpo del ser que amamos, y vencer por desfallecimiento voluntario todas las plazas, las guarniciones y la capacidad de fuego de lo bello, lo honesto, lo firme, lo seductor, lo placentero, en el Alma de ese otro cuerpo del que somos felizmente responsables hasta la imposible saciedad. Así como somos responsables del amigo en la amistad. Temprano le advertía Rilke al joven Kappus que "El sexo es arduo, sí. Pero es lo arduo lo que nos fue encomendado; casi todo lo serio lo es, y todo es serio". Swedenborg tenía toda la razón, "el cuerpo es un paraíso". Y al Paraíso uno siempre quiere volver y de él nunca quiere salir. Por ello para Neruda el cuerpo de la mujer era un continente apasionante e inexplorado. Aquí la pasión está en su más absoluto dominio. No basta que los marineros se amarren a los mástiles para evitar caer en la tentación de las sirenas. Aquí todo se rinde; ambos seres ganan y ninguno se declara vencedor.

Abordamos la poesía uncida como en un yugo, a la realidad, connaturales. El poeta, cumpliendo con el deber y la necesidad de impedir la banalización y desmalezar en el vasto prado de la Realidad, las grandes temáticas y elementos estructurales de esa zona infinita llamada poesía: la muerte, el amor, la amistad, la infancia, la palabra, lo erótico, el dolor, El tiempo; el poema, la desesperanza, tristeza, la ausencia, la pérdida, lo lejano, lo antiguo, lo remoto. Lo soñado. Fuego, ardor, cuerpo, boca, sueño, lenguaje. El Otro. Y la misma poesía.

Escribimos acerca de todo aquello que anida en la mente, anotamos detalles de lo que nos llama la atención, claves que luego servirán para reconstruir las emociones, vivencias (erlebnis) entonces sentidas. He allí lo difícil. Por ello nuestra mirada debe estar unida a todo nuestro ser interior, protagonista y testigo de excepción de lo que puede considerarse “un momento digno de ser vivido y reflexionado”. No olvidaremos lo que vimos y cómo lo miramos, oímos, sentimos, pensamos, hicimos, comunicamos. Trabajo magno que surge en la activación simultánea y acordada casi musicalmente de la mano, el cerebro y el lenguaje.

Es la soledad (la que privilegia, no la que condena) una fértil senda para alcanzar lo que se ha dado en llamar “inspiración”, lo cual podría ser el momento cuando uno busca constituir la visión poética, sin saber exactamente con qué palabras describirla. Se necesita para ello una concentración casi mística. En el cerebro, en nuestro espíritu sentimos y vemos la imagen y paralelamente a ello van llegando las palabras a la estación, a ubicarse en los vagones, se acomodan, se reconocen, intuyen su ubicación, acomodan su equipaje y al final forman el largo tren del poema. La disertación poética.

Oteando a la realidad desde el talud de los símbolos, alcanzamos a ver imágenes que tienen una correspondencia casi mágica con la realidad. Sin cubrir los espejos, donde todo se refleja, el dolor mismo, la ansiedad, el deseo. No buscamos sustituir la realidad con el poema, de todas maneras ambos seguirán ocurriendo y estando allí, adonde vaya el poeta, al fin y al cabo el poema tiene su propia realidad. Constituyen su alma. El poeta discurre con lo que es particularísimo, singular, en el tráfigo donde ocurren las cosas, del modo en que él las ve, por presencia o por ausencia; aunque nadie más las haya visto o sabido valorar. Escribir poesía no para convencer a nadie. Pico de La Mirándola dijo: "*homo magnun miraculum est*". Sí, pero el hombre la mayoría, no sabe esto. Muchos están esperando que alguien venga a decirles lo ricos que son, lo grandes que deben sentirse. Y nadie más indicado para saber estas cosas que el hombre mismo, su interior que clama por expresarse. Muchas personas no saben utilizar su soledad, hacer de ella un estado creativo; los consume

el desasosiego, la ansiedad, no hallan qué hacer; desperdician la maravillosa oportunidad de leer, de crear, de confesar, de reflexionar sobre lo que ocupa su mente.

Un poema es singular, irrepetible, como lo es también la emoción y la experiencia de su creación. Nunca más volverá a ocurrir nada semejante. Como ninguna caricia, ninguna ola del mar, es igual a la otra. Cada una es en sí misma. Ningún pintor ha pintado dos veces la misma obra. La poesía es un mar de imágenes pasando bajo el puente de nuestra Existencia, en el espeso bosque de nuestro Destino.

No podemos pasar impunemente por la poesía. Algo de espectaculares dimensiones debe haber ocurrido para dedicarnos a bucear en ella. Ser, en su vivencia, como el hombre de Hesse que no es el que sabe, sino el que busca, como sucede en *Demian*. El tiempo pasa, eso lo sabemos, las cosas ocurren, los pensamientos llegan, las experiencias, las emociones, están allí; los recuerdos se instalan y en un acto de lealtad se mantienen siempre en la parte más visible del muro, del prado, de la costa, respirando su mineral en el tosco fondo de lo abisal; para que los asumamos antes de extinguirse, en esta voraz manera como ocurren las cosas en el tiempo: amenaza de muerte por olvido. Fenómenos actuando, exigiendo respuestas, y que les responde el silencio (a veces), porque el silencio es también parte de la poesía. No así la mudez.

Es posible que hacer un poema sea como arreglar un reloj desconocido y misterioso, que amenaza caer de nuestras manos antes de que podamos empezar a desarticularlo, antes de conocer sus detalles más íntimos, su sistema. Un poema es a veces como una lápida abandonada por años, hasta que alguien entra de nuevo en contacto con ella, algún remoto pariente, y se dedica a limpiar el chamizo, el yuyo y va descubriendo los signos que sobreviven al tiempo, la fecha del nacimiento y de la muerte, el nombre que tuvo el difunto y el epitafio que constituyen las primeras y “últimas palabras” que hablan por él. Esa limpieza ceremonial la amerita el poema. Por ello en esa evolución, todo rastro, pieza, copia o borrador, tienen un valor inestimable para la vida del poema. He allí el interés de los estudiosos del arte por sondear en las posibilidades comunicativas de la Poesía más allá de lo que tenga de irreal, de nostálgica, de celebratoria o de imposible.

Es importante para todo hombre de letras entrar en contacto con las imágenes,

con la pintura, con el cine, para fortalecer la capacidad plástica de la palabra y del mensaje poético. La realidad, con toda su carga de ironía, paradoja, espiritualidad y desesperanza. Vincent Van Gogh desea: “una mujer fea o vieja, pero que fuera inteligente y hubiese adquirido un Alma por medio de la experiencia de la Vida, las adversidades y las tristezas”. Con base a un destino desesperanzado, Vincent hace de la realidad particularísima, suya, su materia pictórica. De allí su fuerza, su carga eléctrica en el trazo, la pincelada, de las estrellas de su gran noche y los restriegos de sol de sus trigales, de la luz que cubre las escasas pertenencias de su habitación en Arlés. Rimbaud, Baudelaire, Hesse, Kafka, Whitman, Gibran, Rilke, Cortázar, Borges, Mutis, estuvieron siempre en contacto con grandes artistas plásticos, bien para fundir su obra en sus cuadros y sumergirlos en un lenguaje distinto que nos dice lo mismo acerca de la existencia y de la poesía. Jasones, argonautas tras el vellocino de oro, en esa errancia interior océano de la Realidad, con lo que tiene de bien, de mal, de lucha, de vida, de muerte y su huella poética. Y la visión totalizadora de esa lucha en el interior del poeta, del artista. Pienso en poetas como El Conde Azul (Le Comte Bleu) y Aladym, pasajeros infinitos de una ciudad como Mérida y de sus bosques, presencias indubitables,

escapados lebreles o antílopes. De las esencias puras de una poesía que hunde sus raíces en el légamo, en la corteza, húmeda y soleada de la Naturaleza y sigue el curso del río allá, en el páramo, en el valle, pronunciando su mágica palabra, como en oración, a cielo abierto, dicha con voz titánica que se expande por toda la garganta de la montaña en un eco que sólo Dios escucha. Dice Aladym:

“Hoy el sol ha entrado en mi alma
Y siento que nazco como una pirámide
De luz hacia la eternidad
Ha comenzado la resurrección esperada
He recibido el calor
De la mano de Dios”

Amen.

(SOL)

Lo mismo piensa Van Gogh ante los trigales, adonde corría como loco al comienzo y al final de la tarde con su tela sobre la cabeza, corriendo.

INDICE

De rastros, experiencias y viajes poéticos	7
I Viaje al poema.....	15
II.....	16
III Vivir hasta que cierre el parq.....	17
IV	21
V	24
VI	27
VII	29
VIII	33
IX	35
X	36
XI	38
XII	39
XIII	40
XIV	42
XV	43
XVI	44
XVII	47
XVIII	48
XIX	49
XX	50
XXI	52
XXII	54
XXIII	55
XXIV	56
XXV	57
XXVI	58
XXVII	59
XXVIII	60
XXIX	62

XXX	63
XXXI	64
XXXII	65
XXXIII	66
XXXIV	67
XXXV	69
XXXVI	70
XXXVII	71
XXXVIII	72
XXXIX	73
XL	74
XLI	75
XLII	76
XLIII	77
XLIV	78
XLV	79
XLVI	80
XLVII	81
XLVIII	82
XLIX	83
Escribir	85
La poesía nos despierta	86
Condiciones para crear	87
El templo de las pasiones	89

Las Ediciones Actual de la Universidad de Los Andes son publicaciones arbitradas de gran significación cultural para la Universidad, la región y el país, según se establece en sus normas y criterios de publicación:

- 1° Deben estar en correspondencia con la misión y visión de la Universidad, así como ser de probada pertinencia social y cultural universitaria.
- 2° Deben ser obras cuya relevancia corroborable determine su perdurabilidad y trascendencia en el tiempo.
- 3° Los autores deben poseer una demostrada cualificación artística en literatura y/o música, y/o artes audiovisuales y/o artes escénicas, y/o artes visuales y/o arquitectura.
- 4° Las publicaciones de libros de Ediciones Actual son publicaciones literario-artísticas de los ámbitos fundamentales de la cultura estética e incluyen publicaciones sobre la extensión cultural y los ensayos de filosofía, historia, teoría y crítica del arte. Estas deben ser distintas a las publicaciones de textos, de carácter didáctico, o de investigaciones científico humanísticas, indexadas, o de investigaciones académicas, especializadas, o de obras histórico institucionales que corresponden ser publicadas por las otras editoriales de las dependencias centrales de la ULA (CDCHTA, CODEPRE, CEP, Consejo de Publicaciones, Vicerrectorado Académico, Rectorado, etc.).

Todas las publicaciones, sin excepción, son evaluadas por dos (02) árbitros, designados por el Consejo de Redacción, externos al mismo. Estos son anónimos y las obras les son remitidas sin los nombres de los autores. El Consejo de Redacción designa a los árbitros, los cuales son escogidos con base en la pertinencia del área, su cualificación como pares y la neutralidad e independencia en relación con autor.

El diseño y diagramación de las obras se realiza con base en las colecciones de la Editorial o, en caso de que la obra no se adecue a alguna colección, a través de un llamado a convocatoria pública de diseñadores convocado por el Consejo Editorial de las Ediciones Actual de la DIGECEX.

En el caso de reediciones de obras que el Consejo de Redacción estime de alta significación para la misión y visión de la Universidad, así como de probada pertinencia social, cultural, universitaria, de relevancia corroborable, perdurabilidad y trascendencia en el tiempo y demostrada cualificación artística, el Consejo será el árbitro de las mismas.

